Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma 2011

La alegría de engendrar la fe en la Iglesia de Roma. Iniciación cristiana

13 de junio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Con espíritu de agradecimiento al Señor nos volvemos a reunir en esta Basílica de San Juan de Letrán con motivo de la inauguración de la Asamblea diocesana anual. Damos gracias a Dios, que nos permite revivir en esta tarde la experiencia de la primera comunidad cristiana, que «*tenía un solo corazón y una sola alma*» (Hch 4,32). Agradezco al Cardenal Vicario las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos y doy a cada uno mi saludo más cordial, asegurando mi oración por vosotros y por aquellos que no pueden estar aquí para compartir esta importante etapa de la vida de nuestra Diócesis, en particular por quienes viven momentos de sufrimiento físico o espiritual.

Me ha alegrado saber que en este año pastoral habéis comenzado a aplicar las indicaciones surgidas en la Asamblea del año pasado, y espero que también en el futuro cada comunidad, sobre todo parroquial, siga comprometiéndose para cuidar cada vez mejor, con la ayuda ofrecida por la Diócesis, la

dignidad del hombre y de su destino eterno, de la relación entre el hombre y la mujer, del significado último del dolor, del compromiso en la construcción de la sociedad. La respuesta de la fe nace cuando el hombre descubre, por gracia de Dios, que creer significa encontrar la verdadera vida, la ”vida en plenitud”. Uno de los grandes Padres de la Iglesia, san Hilario de Poitiers, escribió que se hizo creyente cuando comprendió, al escuchar el Evangelio, que para tener una vida verdaderamente feliz no bastaban ni las posesiones ni el tranquilo goce de los bienes, y que había algo más importante y precioso: el conocimiento de la verdad y la plenitud del amor dados por Cristo (cf. *De Trinitate* 1, 2).

Queridos amigos, la Iglesia, cada uno de nosotros, tiene que llevar al mundo esta gozosa noticia: que Jesús es el Señor, Aquel en el que se han hecho carne la cercanía y el amor de Dios por cada hombre y cada mujer, y por toda la humanidad. Este anuncio debe resonar de nuevo en las regiones de antigua tradición cristiana. El beato Juan Pablo II habló de la necesidad de una nueva evangelización dirigida a quienes, a pesar de que ya han oído hablar de la fe, ya no aprecian, ya no conocen la belleza del cristianismo; más aún, en ocasiones lo consideran incluso un obstáculo para alcanzar la felicidad. Por eso, deseo repetir hoy lo que les dije a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia: «*La felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho a saborear, tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía*» (Discurso durante la fiesta de acogida a los jóvenes en Colonia: *L’Osservatore Romano*, ed. en español, 18-8-2005, 4).

Si los hombres se olvidan de Dios es también porque con frecuencia se reduce la persona de Jesús a un hombre sabio, y se debilita, cuando no se niega, su divinidad. Esta manera de pensar impide captar la novedad radical del cristianismo, pues si Jesús no es el Hijo único del Padre, entonces tampoco Dios ha venido a visitar la historia del hombre; tenemos solo ideas humanas de Dios. Por el contrario, ¡la Encarnación forma parte del corazón mismo del Evangelio! Que crezca, por tanto, el compromiso por una renovada etapa de evangelización, que es tarea no solo de algunos, sino de todos los miembros de la Iglesia. La evangelización nos permite conocer que Dios está cerca, que Dios se ha revelado. En esta hora de la historia, ¿no es quizá esta la misión que el Señor nos encomienda: anunciar la novedad del Evangelio, como Pedro y Pablo cuando llegaron a nuestra ciudad? ¿No debemos nosotros mostrar también hoy la belleza y la racionalidad de la fe, llevar la luz de Dios al hombre de nuestro tiempo, con

también a vivir experiencias de oración, de caridad y de fraternidad. La palabra de la fe corre el riesgo de quedarse muda si no encuentra una comunidad que la ponga en práctica, haciéndola viva y atrayente, como experiencia de la realidad de la verdadera vida. Todavía hoy los oratorios, los campamentos de verano, las pequeñas y grandes experiencias de servicio son una valiosa ayuda para los adolescentes que recorren el camino de la iniciación cristiana a fin de madurar un compromiso de vida coherente. Aliento, por tanto, a recorrer este camino que permite descubrir el Evangelio no como una utopía, sino como la forma plena y real de la existencia. Todo esto debe proponerse en particular a quienes se preparan para recibir el sacramento de la Confirmación, a fin de que el don del Espíritu Santo confirme la alegría de haber sido engendrados hijos de Dios. Os invito, por tanto, a dedicaros con pasión al redescubrimiento de este Sacramento, para que quien ya está bautizado pueda recibir como don de Dios el sello de la fe y se convierta plenamente en testigo de Cristo.

Para que todo esto sea eficaz y dé fruto es necesario que el conocimiento de Jesús crezca y se prolongue más allá de la celebración de los sacramentos. Esta es la tarea de la catequesis, como recordaba el beato Juan Pablo II: «*La peculiaridad de la catequesis, distinta del primer anuncio del Evangelio que ha suscitado la conversión, persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de nuestro Señor Jesucristo*» (*Catechesi tradendae*, 19). La catequesis es acción eclesial y, por tanto, es necesario que los catequistas enseñen y testimonien la fe de la Iglesia y no su propia interpretación. Precisamente por este motivo se realizó el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que esta tarde os vuelvo a entregar en espíritu a todos vosotros para que la Iglesia de Roma pueda comprometerse con renovada alegría en la educación en la fe. La estructura del Catecismo deriva de la experiencia del catecumenado de la Iglesia de los primeros siglos y retoma los elementos fundamentales que hacen de una persona un cristiano: la fe, los sacramentos, los mandamientos y el Padre nuestro.

Para todo ello es necesario educar en el silencio y la interioridad. Confío en que en las parroquias de Roma los itinerarios de iniciación cristiana eduquen en la oración, para que esta impregne la vida y ayude a encontrar la Verdad que habita en nuestro corazón, y que realmente encontramos en el diálogo personal con Dios. La fidelidad a la fe de la Iglesia, además, debe conjugarse con una "creatividad